

Tifus en la Primera Guerra Mundial

Tifus en Serbia (1915)

En el capítulo donde se reporta la cronología del tifus ya se ha visto que la gran zona endémica de esta enfermedad correspondía al este de Europa, países como Alemania, Austria, Hungría, Polonia, Rumanía, Rusia, toda el área balcánica y Turquía. En estas regiones, además, se habían producido multitud de enfrentamientos bélicos que provocaron grandes epidemias. Sin embargo, estas guerras no habían servido para que las fronteras quedaran estabilizadas y las ambiciones de algunos de estos países no hacían prever que la paz pudiera ser duradera. Es cierto que los avances en la medicina y el orden sanitario habían sido espectaculares en los últimos años, y a partir de 1909 ya fue sabido que el piojo era el vector del tifus. Así, en 1905 se produjo la guerra ruso japonesa, importante desde el punto de vista médico, e históricamente anómala, pues fue el primer conflicto armado de importancia en el cual el número de muertes por combate excedió al número de muertos por enfermedad.

Pero sólo fue un espejismo. Entre 1912-1913 tuvo lugar una nueva confrontación armada en la zona endémica del tifus por excelencia, la llamada guerra de los Balcanes, entre el Imperio Otomano y la Liga balcánica, formada por Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia. Rusia había intentado sin éxito recuperar su influencia en la región induciendo a los estados de origen eslavo a asociarse bajo su supervisión. Sin embargo, estos países tenían otras aspiraciones. El 13 de marzo de 1912, Bulgaria y Serbia firmaron un acuerdo de defensa mutua y la intención de repartirse el control de Macedonia. Ambos estados se comprometían a enviar numerosas tropas a este frente, 150.000 soldados los serbios y 200.000 los búlgaros.

Poco después, Bulgaria llegó a un acuerdo, más limitado, con Grecia, pues esta se negó a aceptar una Macedonia autónoma y reclamó, como Bulgaria, el puerto de Salónica, de manera que ante las grandes diferencias entre estas dos naciones, el acuerdo con Grecia fue puramente defensivo. A continuación, Serbia y Bulgaria iniciaron negociaciones con Montenegro con el fin de provocar al Imperio otomano y conseguir el inicio de las hostilidades. Rusia, consciente que su alianza para frenar el poderío austrohúngaro había propiciado un pacto para atacar a los turcos, logró un acuerdo con los austriacos por el cual se advertía a los países balcánicos que los posibles cambios territoriales en la península no serían reconocidos por las grandes potencias.

En ese mismo momento, Montenegro atacó a los otomanos apoyado por el resto de sus aliados. En total sumaban 700.000 hombres frente a los 320.000 turcos, y la flota griega bloqueaba la península impidiendo los refuerzos otomanos. Los búlgaros concentraron sus fuerzas para dirigirse hacia Istanbul y sitiaron la ciudad tracia de Edirne (antigua Adrianópolis) con refuerzos serbios. Mientras, los griegos ocuparon Salónica el 8 de noviembre de 1912 y los serbios invadieron una buena parte de Macedonia y avanzaron hacia Durres, decididos a lograr un puerto en el mar Adriático.

A principios de 1913, las posiciones otomanas en la península se limitaban a cuatro ciudades que además estaban cercadas: Istanbul, Edirne, Shkoder (noroeste de Albania) y Jannina (Ioannina, la ciudad más grande del Epiro, Grecia). Entonces, alarmadas por la envergadura del conflicto, las grandes potencias intervinieron para decidir la asignación de los territorios conquistados e impusieron el Tratado de Londres. En él se otorgaba Edirne a Bulgaria, Creta a Grecia y se creaba un nuevo estado, Albania, debido a la insistencia de Italia y Austria-Hungría, que no deseaban que Serbia tuviera una salida al mar Adriático. Pero este nuevo reparto no satisfizo a nadie. Serbia exigió a

Bulgaria más territorio macedonio, pues no tenía salida al mar, y Grecia no deseaba que los búlgaros aumentaran su poder a escasos kilómetros de Salónica.

Bulgaria, por su parte, reclamaba el mantenimiento de los pactos originales, ya que estaba cada vez más aislada, y creyéndose militarmente superior, declaró la guerra a Serbia y a Grecia el 29 de junio de 1913. Pero duró poco, pues un mes después, tras una campaña militar desastrosa, Bulgaria se vio obligada a firmar un armisticio y reconocer su derrota: perdió el sur de la región de Dobruja, que pasaba a manos rumanas, y todo el norte de Macedonia, que fue ocupada por los serbios. Turquía recuperaba Edirne y la Tracia oriental y Grecia adquiría el Epiro y extendía su territorio unos 75 kilómetros al norte y este de Salónica. El nuevo reparto territorial, obviamente, no consiguió el equilibrio deseado y las disputas entre los estados se mantuvieron vivas.

Prienzing comentaba que la información sanitaria sobre esta guerra fue deficiente, aunque se tuvo constancia de un brote de cólera que afectó a unas 2.500 personas, muriendo casi la mitad. Los casos de tifus fueron muy frecuentes en todos los ejércitos, y de acuerdo con los informes emitidos, la enfermedad no alcanzó la categoría de epidemia aunque afectó de manera muy importante a los presos turcos reclusos en Bulgaria y Serbia, lo cual sería una premonición de lo que sucedería poco más tarde.

El inicio de la Primera Guerra Mundial y la Campaña de Serbia (1914-1918)

El 28 de junio de 1914 fueron asesinados en Sarajevo el Archiduque Franz Ferdinand, heredero al trono austrohúngaro¹ y su esposa, Sofía Chotek. El autor del atentado fue el nacionalista serbo-bosnio Gavrilo Princip, un estudiante ligado a la organización Joven Bosnia². Entonces, los austriacos exigieron investigar el crimen en territorio serbio y dieron un ultimátum que vencía el 7 de julio.

Serbia, con el apoyo de los rusos, no aceptó las condiciones impuestas y las declaraciones de guerra entre distintos países se sucedieron de manera vertiginosa, lo cual desencadenó el inicio de la Primera Guerra Mundial, el conflicto más sangriento de la historia y la segunda guerra más dañina tras la Segunda Guerra Mundial³: el Imperio Austro-Húngaro declaró la guerra a Serbia el 28 de julio; al día siguiente, Rusia ordenó la movilización general y el 1 de agosto, según los pactos firmados con los austriacos, Alemania declaró la guerra a Rusia. Y ese mismo día, Francia hizo lo propio con Alemania, en virtud de la alianza franco-rusa de 1894.

La primera parte de la guerra de Serbia tuvo lugar, desde finales de julio de 1914, cuando los austro-húngaros invadieron Serbia, hasta finales de 1915, cuando fue formado el Frente Macedonio, también llamado Frente de Salónica⁴.

¹ La denominación oficial Austria-Hungría se remontaba al año 1867, aunque ya designaba así a un estado constituido desde la primera parte del siglo XVIII. Fue la última denominación política que tomaron las posesiones de la dinastía imperial de los Habsburgo.

² Joven Bosnia, Mlada Bosna en serbio, fue un grupo revolucionario subordinado a la organización serbia Unificación o Muerte, conocida también como “la Mano Negra” (Crna Ruka), de ideología nacionalista y conectada con elementos paneslavos del gobierno serbio.

³ Durante

la Primera Guerra Mundial, también llamada “la Gran Guerra”, fueron movilizados alrededor de 60 millones de soldados y murieron más de 10 millones; fueron heridos alrededor de 21 millones de personas y desaparecieron casi 8 millones.

⁴ El Frente de Macedonia fue constituido en otoño de 1915 por las tropas aliadas, formadas por Francia, Gran Bretaña, Rusia, Grecia e Italia, para neutralizar los ataques de alemanes, austriacos y búlgaros contra Serbia.

El 29 de julio fue bombardeada Belgrado y el 12 de agosto las tropas austriacas invadieron territorio serbio cruzando los ríos Sava y Drina y ocuparon la ciudad de Šabac, con intención de seguir hasta Valjevo y Užite. Las fuerzas austriacas contaban con tres divisiones, unos 270.000 soldados en total, bien entrenados y equipados, y enfrente tenían a la Armada Serbia, que contaba con unos 180.000 soldados, a la cual le faltaban municiones para artillería.

El primer enfrentamiento importante entre las dos armadas tuvo lugar entre el 16 y el 20 de agosto de 1914, en el monte Cer y el valle de Jadar, cerca de la frontera con Bosnia. Ganaron los serbios y los austriacos se vieron obligados a retirarse al otro lado del Drina. Las pérdidas fueron importantes en los dos campos⁵ y la población civil sufrió grandes crueldades por parte de la armada austriaca⁶. En aquel momento, los serbios envalentonados por la victoria, invadieron Bosnia, llegaron a Pale y Sarajevo tuvo que ser evacuada. Sin embargo, tras perder la batalla de Glasinac, los serbios debieron retirarse y cruzar de nuevo el río Drina. La segunda ofensiva austriaca se inició el 6 de noviembre y contaron con medios mucho más importantes que en la confrontación anterior, unos 450.000 soldados. A los serbios les seguía faltando munición, sobre todo piezas de artillería; resistieron heroicamente pero tuvieron que replegarse. Primero fue ocupada Valjevo y cortada la línea entre Čačak y Belgrado. La capital fue rápidamente abandonada y los austriacos entraron en ella el 2 de diciembre⁷. En estos combates murieron unos 11.000 soldados en cada bando.

Por fin llegaron las municiones prometidas por Francia y Gran Bretaña, que llegaron vía Grecia, y el 3 de diciembre se inició la contraofensiva serbia, llamada batalla del río Kolubara y fueron recuperadas Valjevo y Belgrado (15 de diciembre). Los serbios tomaron prisioneros a 333 oficiales y unos 75.000 soldados austriacos. Requisaron un importante material militar y todo el Reino de Serbia quedó liberado. Las bajas humanas durante las operaciones militares de 1914 fueron muy cuantiosas, y se calcula que las pérdidas austriacas, entre muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros se elevaron a 225.000, y 170.000 en el bando serbio.

En este preciso instante fue cuando se inició la epidemia de tifus, como veremos más adelante, considerada hasta aquel momento como la peor de la historia. Fue de tal intensidad que el conflicto armado quedó paralizado durante meses, hasta que remitió la enfermedad. Los casos de tifus fueron reduciéndose cada vez más, y por tanto regresaba la posibilidad de reiniciarse el conflicto. El 6 de septiembre de 1915, el Reino de Bulgaria firmó un tratado de alianza con las “Potencias Centrales” en el que se le prometía la Macedonia y una parte sustancial de la Serbia histórica. Por su parte, los alemanes presionaron a los austriacos en el sentido que era necesaria la invasión del territorio serbio para poder ayudar al Imperio Otomano contra las tropas aliadas.

La epidemia de tifus había dejado muy disminuido al ejército serbio, que sólo disponía de 30.000 hombres más que cuando se inició la guerra, alrededor de 225.000, y seguían

5 Austria: 18.500 soldados muertos o heridos y capturados unos 6.500 prisioneros. Serbia: 18.000 bajas (5.000 muertos o desaparecidos y el resto heridos).

6 Las órdenes dadas a los oficiales austriacos indicaban explícitamente que “en el trato hacia la población civil no caben ni los sentimientos humanos ni la generosidad”.

7 La pérdida de Belgrado obligó al gobierno serbio a trasladar su centro de operaciones a la ciudad de Niš, en el corazón del país. Y al mismo tiempo, la destrucción de las ciudades y aldeas del norte de Serbia provocaron que la población civil huyera hacia el sur, lejos de los campos de batalla. Niš, que no tenía más de 20.000 habitantes antes de iniciarse el conflicto, pasó a albergar a más de 100.000 refugiados.

sin estar bien equipados. Los británicos y franceses habían mandado dos divisiones armadas para apoyar la defensa serbia, pero ya fue demasiado tarde.

A partir del 23 de septiembre se iniciaron las movilizaciones. Serbia fue invadida por la Primera Armada búlgara, la Onceava alemana y la Tercera austro-húngara, que iniciaron un ataque masivo a primeros de octubre. Entre el 6 y el 9 de este mes fue ocupada nuevamente Belgrado, y la ofensiva avanzó por el norte hacia Niš y por el sur hacia Uskub (actual Skopje), con un intenso fuego de artillería.

La Primera Armada búlgara aniquiló a la Segunda Armada serbia en la batalla de Morava y fue cortada la vía férrea hacia Salónica. El ejército serbio quedó rodeado y no tuvo más remedio que intentar huir de forma masiva, militares y población civil, hacia la costa del mar Adriático, pasando por territorio albanés. La marcha fue terrible y muchos murieron de hambre, frío, enfermedades diversas y ataques enemigos, incluso de las bandas tribales albanesas. Finalmente, llegaron alrededor de 155.000 serbios, la mayoría soldados, los cuales fueron embarcados por los aliados hacia Durazzo (actual Durrës, Albania) y la isla griega de Corfú, y luego trasladados a Salónica.

Las divisiones británicas y francesas marcharon al norte de Salónica, pero únicamente con la misión de impedir el avance de las “Potencias Centrales”, que habían conseguido que la conexión ferroviaria entre Berlín y Constantinopla quedara finalmente abierta.

En 1916, la diplomacia aliada logró que Rumanía entrara en guerra contra las Potencias Centrales, lo cual resultó desastroso para los rumanos, pues una ofensiva combinada entre alemanes, austro-húngaros, búlgaros y turcos conquistó dos tercios del país en una rápida campaña que finalizó en diciembre. En 1917, Grecia entró en guerra a favor del bando aliado, y en septiembre de 1918 se produjo la gran ofensiva de una fuerza multinacional acantonada en el norte de este país, la cual provocó la capitulación de Bulgaria y la liberación de Serbia. Belgrado fue reconquistada el 5 de noviembre gracias al ataque combinado de las fuerzas serbia y francesa.

En noviembre de 1919 fue firmado en Francia el Tratado de Neuilly-sur-Seine entre Bulgaria y las potencias vencedoras, y de acuerdo con lo estipulado, este país reconocía el nuevo Reino de Yugoslavia, pagaba una indemnización de 400 millones de dólares y se obligaba a reducir su ejército 20.000 efectivos. Además, perdía una franja de terreno occidental en favor de Yugoslavia y cedía la Tracia occidental a Grecia, quedando sin acceso al mar Egeo.

Antes de la guerra, Serbia tenía 4,5 millones de habitantes. Tras el conflicto, se estima que el número total de muertos, entre los dos bandos, ascendió a un millón de personas. Por parte serbia murieron alrededor de 650.000, tanto por la guerra y la represión como por el hambre y las enfermedades, básicamente tifus, fiebre recurrente y fiebre tifoidea, estas dos últimas también muy graves. La tasa de mortalidad fue aproximadamente del 8% entre la población civil y del 58% entre los militares. Al final de la guerra se calcula que quedaron en Serbia unos 114.000 soldados con alguna discapacidad física y más de 500.000 niños huérfanos.

Epidemia de tifus

Cuando se inició esta guerra, los progresos en la ciencia médica habían sido tan significativos en los años inmediatamente anteriores que se albergaba la esperanza razonable de que las epidemias mayores quedarían fuera del conflicto. Sin embargo, el brote de tifus ocurrido en Serbia en 1915 fue uno de los más severos que el mundo ha conocido en los tiempos modernos. No únicamente interrumpió y suspendió durante

aproximadamente seis meses todas las actividades importantes de la armada Serbia, sino que también retrasó el avance militar de las “Potencias Centrales”⁸.

El tifus se estableció rápidamente a lo largo de todo el frente oriental, pero en ningún momento alcanzó las proporciones de Serbia. No está claro, de todas maneras, la razón por la que el tifus quedó totalmente ausente en el frente occidental y devastara el oriental, sobre todo en Rusia, como veremos más adelante. Los soldados, en las trincheras, estaban en pésimas condiciones sanitarias en ambos bandos, y la fiebre quintana o de las trincheras, transmitida también por piojos, fue muy común.

Es posible que los austriacos y germanos, conscientes del peligro que les acechaba, y al practicar una enérgica limpieza de sus ropas, desinfectaciones a gran escala de forma inmediata (los soldados eran despiojados cada que vez que se retrasaba su línea del frente), consiguieron evitar el contagio.



Imagen n° 1. Soldados alemanes despiojándose en las trincheras durante un momento de calma.

Ciertamente se produjeron diversos casos de tifus epidémico en los campos de prisioneros de la Europa Central⁹, pero la enfermedad fue controlada y se impidió el contagio a la población civil. Lo que no hay duda es que de no haberse descubierto el transmisor de la enfermedad unos pocos años atrás, la mortandad producida por piojos tíficos habría sido la más grande de toda la historia.

Es imposible afirmar con exactitud el lugar donde se inició el brote, pero está confirmado que la primera acumulación de casos se produjo entre los prisioneros austriacos retenidos en Valjevo¹⁰. Como el tifus era una enfermedad endémica en Serbia y se conocía desde siglos atrás, estos primeros casos no causaron una gran

⁸ Durante este tiempo, Serbia quedó política y militarmente indefensa, pero los austriacos y alemanes, con larga experiencia en desastres militares causados por el tifus, no se atrevieron a atacar, conocedores del peligro que suponía entrar en Serbia mientras durara la epidemia. Para el médico e historiador militar estadounidense David W. Tschanz, “el “general tifus”, en esta ocasión, selló sus fronteras mientras flagelaba a la población serbia”.

⁹ El Annual Report of the Local Government Board of England de 1914-1915 ofreció una lista de dieciséis campos de prisioneros en Alemania donde se reportaron casos de tifus en 1915, y en diez de ellos fueron afectados los soldados británicos que permanecieron allí confinados. En el campo de Langensalzen, en abril de 1915, prácticamente la totalidad de los 1.000 prisioneros contrajeron tifus y parece ser que morían una media de 35 personas al día. Los prisioneros fueron atendidos sin medicinas y sus ropas nunca estuvieron bien desinfectadas; en el campo de Niederzweren el tifus también causó estragos y únicamente se tomaron precauciones mínimas cuando la epidemia atacó a la población civil y a la guarnición; en Erfurt se produjeron 600 casos entre los 20.000 prisioneros.

¹⁰ Entre el ejército serbio ya ocurrieron casos de tifus entre octubre y noviembre de 1914, y parece ser que fue introducido desde Albania, aunque no adquirió categoría de epidemia. Y el tifus también se encontraba presente entre los austrohúngaros cuando invadieron Serbia.

alarma. Hubiera sido necesario separar estos reclusos enfermos de los demás, pero como no había refugios suficientes, se hacinaron todos juntos en edificios sin la menor condición sanitaria y los casos de tifus aumentaron rápidamente entre ellos, y los que tuvieron contacto con ellos también enfermaron.



Imagen nº 2. Prisioneros austriacos en Niš (mayo de 1915).

A partir de aquel momento, teniendo en cuenta el gran número de refugiados que deambulaban, las tropas en movimiento y los traslados en trenes de los prisioneros, en tan sólo una semana la infección se difundió por todo el Reino de Serbia. Según Tschanz, “lo que siguió después fue una escena de horror que Europa no había visto desde la peste negra”.

Los primeros casos significativos de tifus se produjeron a finales de diciembre, y en enero ya se pudo constatar que se trataba de una gran epidemia, que fue aumentando exponencialmente en febrero, marzo y sobre todo abril, a una velocidad y con una violencia jamás igualada por ninguna otra epidemia de tifus. Se calcula que en total, durante los seis meses que duró la epidemia, fueron afectados por tifus unos 500.000 serbios, muriendo alrededor de 200.000, entre ellos 70.000 militares, con una elevadísima tasa de mortalidad media del 40%. De los 75.000 prisioneros austriacos se calcula que murieron más de la mitad. Estas cifras, sin embargo, son sólo aproximadas, pues no hubo estadísticas fiables sobre el número de afectados o muertos a lo largo de todo el territorio serbio. Únicamente pudo ser comprobada la cantidad aproximada de enfermos ingresados en los hospitales militares.

El Coronel William Hunter¹¹ escribió un detallado libro, *The Serbian epidemics of typhus and relapsing fever in 1915*, en el cual reportaba las estadísticas de los casos recibidos en los hospitales serbios durante toda la epidemia, y gracias a este trabajo podemos saber el curso de la epidemia, que él dividió en cuatro periodos, enero y febrero; marzo; abril y mayo. Según reportaba Hunter, entre los meses de agosto a octubre no se contabilizó ningún muerto por tifus. En noviembre, 19; y en diciembre, 30. A mediados de enero los hospitales serbios ya tenían ingresados unos 4.000 mil enfermos, cifra que fue elevándose paulatinamente: 6.000 a finales de enero, 8.500 a principios de febrero y 11.000 a finales del mismo mes. A mediados de marzo se alcanzaron los 14.000 ingresados y 16.500 a finales de mes, entrando nuevos pacientes

¹¹ Médico escocés que trabajó en Serbia durante la Primera Guerra Mundial, donde desarrolló diversas técnicas antiparasitarias que permitieran controlar y erradicar el tifus.

según se liberaba espacio por altas o defunciones. Se producían miles de casos diarios, pero los hospitales sólo tenían capacidad para acoger a unos 2.500.

Durante el mes de abril se mantuvo esta cifra permanente en los hospitales, y únicamente empezó a descender hasta 10.000 a finales de mes, con una tasa de mortalidad del 39%. A partir de este momento, el número medio de ingresados fue reduciéndose, unos 6.000 en mayo, hasta llegar a los 3.460 el día 4 de junio. Sin embargo, la tasa de mortalidad durante este periodo fue excepcionalmente alta, del 78%.

Los serbios no fueron capaces de hacer frente a una epidemia de este calibre. Cabe recordar que el enfrentamiento entre Serbia y Turquía y Bulgaria era muy reciente y los recursos médicos y sanitarios se habían reducido considerablemente. Los pocos hospitales existentes se llenaron a rebosar y tuvieron que improvisarse nuevos Centros en edificios donde a menudo se carecía de las disposiciones sanitarias más elementales.

En los hospitales escaseaban los medicamentos igual que el equipo médico y de enfermería. Tampoco había camas suficientes, ni ropa de cama. Y no solamente había que cuidar a los enfermos y heridos serbios, sino también a los miles de prisioneros austriacos. Justo antes de iniciarse el brote había unos 400 médicos en Serbia, muchos de ellos sin experiencia, y su número fue decreciendo día a día, pues casi todos contrajeron el tifus y murieron 126, una elevadísima tasa de mortalidad del 36%. Finalmente, tuvieron que reconocer que eran incapaces de proseguir con sus tareas sin ayuda externa.

En Estados Unidos, la respuesta al llamamiento serbio para luchar contra la epidemia no se hizo esperar. La Cruz Roja Americana, reconociendo la gravedad de la situación, envió una Comisión Sanitaria bien equipada con materiales y suministros y unidades hospitalarias. La Fundación Rockefeller se interesó en este asunto y apoyó con fondos. Gran Bretaña, Francia y Rusia también enviaron expediciones de socorro. En el mes de marzo de 1915 fue nombrada una Comisión Internacional de Higiene y muy pronto los países aliados, hasta un total de cuarenta y cuatro gobiernos extranjeros, mandaron un considerable número de médicos a Serbia. En mayo y junio los casos de tifus fueron menos frecuentes que en febrero, y en agosto sólo se reportaron contagios esporádicos.

Hubo numerosos médicos que contaron su experiencia en esta gran epidemia y gracias a ellos es posible tener una idea más precisa de la tragedia vivida. El doctor Richard P. Strong fue uno de los autores de la obra de referencia *Typhus fever with particular reference to the Serbian epidemic*, publicado en 1921 a través de la Cruz Roja americana. En ella reportaba que “muy poco después de haber llegado a Serbia, visitando uno de los primeros hospitales, encontré que seis de los siete médicos estaban enfermos de tifus. Y de los trece médicos del hospital de Pirot (junto a la frontera búlgara), doce contrajeron la enfermedad y seis murieron de la misma. Efectivamente, no era raro encontrar en los distintos hospitales a uno o más médicos afectados de tifus. En una institución reservada originalmente para 400 camas, había ingresados aproximadamente 1.600 pacientes, de los cuales 1.100 eran tíficos. Este hospital contaba con una plantilla de 42 personas, incluidos los médicos y sus ayudantes y enfermeras, y sólo tres de ellos se mantuvieron libres de la enfermedad.

Obviamente, no había suficientes hospitales para que los pacientes pudieran ser bien atendidos ni protegidos adecuadamente. Bajo tales condiciones, sin personal sanitario eficiente ni disposiciones reguladas, los soldados heridos o afectados con enfermedades menores o fiebre recurrente, vagaban por los hospitales y entraban en contacto con los enfermos tíficos, y frecuentemente compartían las mismas camas que ellos, teniendo en cuenta que era excepcional que un paciente ocupara una única cama y lo normal es que

dos o tres se acostaran en el mismo lecho. Además, el espacio disponible en la estancia estaba lleno de enfermos tendidos en el suelo, sobre paja, mantas, amontonados sobre el suelo de madera e incluso bajo las camas.

Las condiciones en la mayoría de hospitales eran tan malas como pudiera imaginarse: no había lavabo ni baño para los pacientes, ni ropa limpia con que vestirse, ni una desinfección sistemática de ropa o de camas. Habitualmente no había enfermeros y los prisioneros austriacos fueron utilizados como asistentes. Lo peor de todo, durante el apogeo de la epidemia, es que muchos pacientes no recibieron ningún tipo de cuidado ni atención médica, pues simplemente no había nadie que los pudiera atender.

Cuando el afectado sufría los rigores de la enfermedad y el estado de delirio permanecía durante varios días, era imposible para ellos, particularmente los que permanecían en el segundo piso, acudir a las letrinas situadas fuera del hospital. En tales condiciones, la mortalidad fue muy elevada, alcanzando en ocasiones el 70% de afectados. En ciertos hospitales donde se había obligado a los pacientes a quitarse la ropa, esta quedaba apilada a la entrada de la sala y eran visibles miles de piojos vivos pululando por allí y los huevos enganchados en la ropa aún sin desinfectar.

De hecho, muchos hospitales no tenían artefactos para esterilizar o desinfectar, o poseían ciertos artilugios insuficientes para llevarlo a cabo, de manera que los pacientes, si se restablecían, recuperaban su ropa sin que hubiera sido lavada o desinfectada. En algunos hospitales, las condiciones fueron tan malas que los muertos quedaban insepultos durante varios días.

En los campos de prisioneros las condiciones eran peores y los edificios usados como cárceles no tenían ventilación y los reclusos permanecían hacinados. También fueron confinados en establos muy poco aireados y en los que no había pisos de madera, de manera que se acostaban en el suelo, sobre sacos de paja o paja suelta. Las letrinas estaban absolutamente desbordadas y en condiciones totalmente insalubres. Siempre encontré en la primera inspección de estos campos de prisioneros que los internos estaban muy empiojados, de manera que era muy peligrosa su inspección. Durante esta guerra, sin duda muchos casos de tifus se contrajeron en relación con los trabajos efectuados en varios campos de prisioneros.

Alrededor de la mitad de los 70.000 prisioneros austriacos murieron de tifus durante la epidemia. Los serbios les suministraron la mejor comida posible, pero las condiciones sanitarias fueron tan terribles que la mortandad se disparó. Durante la primera parte de la epidemia no había hospitales para mujeres ni niños, y cuando se presentaron los primeros síntomas se veían obligados a permanecer en sus casas o dondequiera que los aceptaran enfermos, sin ser atendidos por personal médico. Sin embargo, la mortalidad entre este grupo de población fue más bien baja, pues al menos recibían algún tipo de cuidado por parte de su familia y eran alimentados con cierta regularidad.

El conocido empresario escocés de origen irlandés, Thomas Lipton¹², fundador de la conocida marca de té Lipton, comentaba en marzo de 1915 que “en los caminos rurales se encontraban muchos enfermos demasiado débiles para llegar al hospital y algunos eran transportados en carretas tiradas por bueyes. A menudo era la mujer o el hijo el que

¹² Sir Thomas Johnstone Lipton ayudó durante la Primera Guerra Mundial a las Organizaciones de médicos voluntarios, y prestó sus yates a la Cruz Roja y a otras asociaciones sanitarias, con la intención de transportar médicos, enfermeras y material médico a Serbia. Lipton viajó a bordo de una embarcación y visitó diversos hospitales y misiones médicas. Se hizo muy popular entre la población civil y fue declarado ciudadano de honor de Niš.

la conducía, y en la parte de atrás se encontraba el padre o el marido delirando de fiebre. Apenas se encontraba gente que pudiera enterrar a los muertos, y los cadáveres se hallaban insepultos en los cementerios. La situación estaba absolutamente fuera de control y era imprescindible la ayuda externa para conseguir tiendas de campaña, hospitales, médicos, enfermeros, equipo médico moderno y prendas de vestir limpias para reemplazar las ropas llenas de los piojos transmisores del tifus”.

La descripción que realizó del hospital de Gevgeli (actual Gevgelija), junto a la frontera griega, donde murió el doctor James F. Donnelly¹³ de la Cruz Roja Americana, ilustra magníficamente esta situación caótica: “el hospital, que antes había sido una fábrica de tabaco, está ubicado junto a una aldea, en una región árida y sin cultivar. En él se encontraban hacinadas 1.400 personas sin mantas, colchones, ni paja, y los hombres se echaban sobre la ropa que habían vestido durante meses en las trincheras, vestimentas militares atiborradas de insectos que habían pertenecido a víctimas de tifus, disentería, fiebre tifoidea o viruela. Fueron estas las condiciones que encontró en el hospital el doctor Donnelly, que contaba con la presencia de seis médicos y doce enfermeros norteamericanos y tres médicos serbios. Tras su llegada analizó el agua, y al encontrarla infectada, improvisó calderas con recipientes de aceite para hervirla y hacerla potable y construyó hornos donde esterilizar la ropa de los pacientes. La limpieza de los pasillos fue realizada por los austriacos, cuyo número rápidamente se redujo a causa del tifus y otras enfermedades”.

Cuando Lipton visitó este hospital se encontró con tres de los seis médicos norteamericanos enfermos, igual que los tres médicos serbios y nueve de los doce enfermeros, y todos ellos eran cuidados por prisioneros austriacos. El doctor Ethan Butler, Director de la Unidad número 3 de la Cruz Roja Serbia, refería el 9 de abril de 1915, un día después de la muerte del doctor Magruder, las condiciones que encontró en su hospital: “únicamente si se tiene una gran imaginación esto podría ser llamado hospital. En toda Serbia, solamente merece este apelativo el Hospital Militar de Belgrado, y este centro, capaz de atender a no más de 750 pacientes en una distribución racional de espacios, alberga a 1.300 seres miserables que están rodeados de una inmundicia indescriptible. La mayoría de ellos sufren fracturas debidas a la metralla y están gravemente infectadas. En total, existen 192 camas, pero muchas de ellas requieren ser apuntaladas para mantenerlas en pie. Las existencias de colchones, mantas y sábanas son muy escasas. Existe un pequeño rincón en el sótano, muy sucio, de aproximadamente 25 metros cuadrados, que se usa como lavandería y es atendida por seis mujeres campesinas. Resulta innecesario añadir que es totalmente insuficiente para atender la demanda. En otra parte de este sótano se acumula una gran cantidad de ropa sucia y a su lado se amontonan los suministros alimentarios que se sirven a los pacientes y al personal sanitario. El agua proviene de pozos superficiales poco profundos; se enturbia y huele mal y un examen posterior demostró que estaba contaminada pues recibía aguas residuales de pozos negros. Las excretas, los esputos y el pus incrustado en las ropas son diseminados por todas partes, dentro y fuera del hospital. Las alimañas dañinas, especialmente los piojos del cuerpo, están omnipresentes y el hedor de todo el conjunto es insoportable.

El doctor Jeanneret-Minkine, de la Misión francesa, describía las patéticas condiciones que había observado en el hospital de Pirot. Contaba que al principio fueron ingresados soldados serbios que llegaban heridos a causa de los combates; pero estos terminaron

¹³ En total murieron cinco médicos norteamericanos de la Cruz Roja Americana: Ernest Pendleton Magruder, Albert S. Cooke, John M. Kara, Leon Weiss y James Francis Donnelly.

enfermando de tifus, pues poco después llegó al hospital un convoy con 250 prisioneros, muchos de ellos tíficos: “los serbios, cosa que les honra mucho, les proporcionaron camas, al contrario que a sus propios soldados enfermos, que fueron trasladados a otros hospitales y tendidos en colchones de paja sobre el suelo desnudo. A finales de enero, la epidemia se propagó con una gran rapidez, y en mi hospital, la mayoría de serbios y presos ingresados por bronquitis o enteritis contrajeron el tifus. En dos semanas, todos los enfermeros fueron contagiados y la tasa de mortalidad aumentaba a un ritmo muy amenazante. Al principio fue del 15%, pero pronto se elevó hasta el 50%, y en otros hospitales de la ciudad aún fue peor.

En este momento, el cirujano del hospital también contrajo la enfermedad, y en la habitación contigua, su colega austriaco permanecía convaleciente pero pudo recuperarse. Poco después cayó enfermo un médico checo y murió días más tarde; y antes de llegar el mes de febrero, enfermaron el Superintendente del Hospital, un médico joven que trabajó a mis órdenes en un hospital improvisado, un cirujano polaco, el Jefe Administrador de Saneamiento y un médico rumano que vivía en Pirot con su esposa e hijos. Todos ellos murieron, uno tras otro. Yo también contraí la enfermedad, en el mes de marzo, pero pude superarla. El resumen sería el siguiente: cuando yo llegué a la ciudad trabajaban trece médicos en el Hospital de Pirot. Dos de ellos fueron contagiados antes de iniciarse la epidemia; dos más cayeron enfermos cuando se inició el brote tífico y se recuperaron. Ocho fueron infectados durante el apogeo de la epidemia y en sólo un mes murieron seis de ellos. Únicamente uno de los médicos salió ileso.

Cada vez que visitaba las salas donde estaban los enfermos, salía con parásitos entre mis ropas y debía inspeccionar la muda interior dos veces al día, y siempre encontraba algún piojo en ella. E incluso los encontraba en mi ropa de cama. Mis dos ayudantes se infectaron y tuve que dejar a uno de ellos que se acostara en mi habitación, junto a la estufa, pues no había ninguna estancia segura para él.

La enfermedad causó estragos similares entre la soldadesca. Cada mañana se veían las filas de coches tirados por bueyes que llevaban montones de ataúdes al cementerio. Iban precedidos por los sacerdotes vestidos de ceremonia, con aspecto cansado por la repetición incesante de estas marchas fúnebres. El cortejo era cerrado por un guardia de la ciudad, encargado día tras día de esta funesta tarea. A veces veía los cadáveres apilados en el depósito, como si fueran piezas de madera. Eran enterrados casi a nivel de suelo pues no había tiempo para cavar más profundamente. El cementerio era ampliado todos los días y las largas tiras de tierra recién excava daban la impresión de que en realidad se trataba de un campo listo para la siembra.

A finales de febrero la epidemia seguía aumentando y ni un sólo hospital disponía de esterilizador. Fue nombrado un nuevo Administrador, que llegó con muy buenos propósitos, pero perdió los nervios desde el primer momento, y a pesar que ya no era una persona joven, fingió estar enfermo y no regresó hasta que la gravedad de la epidemia fue disminuyendo. Los responsables de la Sanidad parecían ansiosos por erradicar la enfermedad, pero en los círculos médicos serbios prevaleció un sentimiento de fatalismo e impotencia. Incluso el Director del Instituto Pasteur de Belgrado, a quien expresé mi asombro por las escasas medidas adoptadas, me confesó que él esperaba que la epidemia remitiera de forma espontánea.

Supe que en Uskub había un hospital libre de tifus: pertenecía a una Misión inglesa con personal bien capacitado, camas y ropa suficiente y únicamente aceptaban un número limitado de pacientes por habitación y por médico. Pero con esta única excepción, desde Gevgeli en el extremo sur, hasta Valjevo en el norte, el tifus se había extendido por

todos los hospitales y en todas partes vi las mismas caras sin expresión, con una mirada ausente o estúpida, y las largas filas de colchones de paja con soldados apiñados, vestidos con sus uniformes, tirados sobre las camas y muchos médicos que no tenía valor para aproximarse a ellos.

Entre las tropas movilizadas, los refugiados y los heridos, era una evidencia que no había posibilidad de atender debidamente a los prisioneros austriacos, unos 75.000 como ya se ha dicho, muchos de ellos tíficos. Fueron distribuidos en grupos por todo el país, pero no fueron aislados los enfermos del resto ni se hicieron cuarentenas, por lo que la propagación de la enfermedad fue muy intensa entre este colectivo.

El capitán Bennett, miembro de la Cruz Roja Británica, describió así un campo de prisioneros serbio: “no se trata de un hospital, sino simplemente de un espacio donde se han recogido a 750 austriacos y la enfermedad ha caído sobre este campamento como si fuera una plaga. En fechas anteriores, un médico era el encargado de este campo, pero ahora está afectado de tifus y varias formas de la infección de esta enfermedad están en su apogeo. El tifus, la disentería, la viruela y la difteria se han extendido por este lugar con efectos devastadores. La semana pasada solamente podían tenerse en pie 20 de los 750 hombres que forman el campo, y se encuentran en la miseria más absoluta. Aquí y allá puede encontrarse un colchón y un poco de paja, pero la mayoría de los enfermos están tendidos sobre el suelo enfangado. Su ropa está sucia y llena de alimañas que propagan el tifus mortal. El silencio en el campo es roto únicamente por los suspiros y los gemidos.

Un visitante reciente me informó que había encontrado una serie de formas dispuestas en decúbito y cubiertas con abrigos; se dio cuenta que se trataba de cinco cadáveres que estaban allí desde hacía días, pero no había nadie que pudiera retirar los cuerpos. Aquí y allí se veía a pobres hombres arrastrándose con ayuda de sus manos y rodillas, pidiendo un vaso de agua para su compañero postrado. ¿Puede alguien sorprenderse que en un lugar así mueran sesenta personas diariamente? Cualquier hombre, en este entorno horrible, está destinado a morir a menos que llegue la ayuda con urgencia.

Sobre el hospital de Uskub, Bennett reportaba que “es realmente el valle de la muerte. Si los enfermeros agotados dejaran por un momento el hospital hacinado para hacer un poco de ejercicio y tomar aire fresco, se encontrarían con una larga procesión de carretas tiradas por bueyes que transportan cadáveres al cementerio”. Sobre otras instalaciones sanitarias, añadía que “es prácticamente imposible acercarse al hospital, pues es tal el hedor que se siente en sus alrededores que nadie que no esté obligado a entrar en el edificio soporta permanecer en sus aledaños. Los detalles que se suceden en su interior no pueden ser publicados”.

Finalmente, la llegada de las Organizaciones sanitarias extranjeras permitió atacar la epidemia de manera conjunta y con medidas efectivas, elaborándose un plan integral para la Campaña contra el tifus, que incluía las medidas siguientes: inspección general, casa por casa, con traslado de los pacientes tíficos a los hospitales; desinfección de las personas en los distritos infectados; establecimiento de baños y estaciones de cuarentena y desinsectación por todo el país; limitación de los viajes en tren e inspección de los viajeros; permiso para la circulación de carros públicos únicamente si disponen de asientos tapizados de madera y se realiza la limpieza y desinfección de los mismos después de cada viaje, particularmente las cabinas en las estaciones de tren; inspección sanitaria de restaurantes y cafés y establecimiento de horarios de cierre para efectuar su limpieza y desinfección; nueva reglamentación para desinfectar los hospitales, las salas y las ropas de cama; campaña de educación para la población civil, con la impresión y

distribución de circulares en idioma serbio que explique la naturaleza de la enfermedad, el modo de propagación y las precauciones que deben adoptarse.

La manera primitiva usada por los serbios como método de desinfección era cavar hoyos en la tierra y revestirlos con ladrillos o piedras. En estos hornos se encendían fuegos y la abertura era cerrada por una cubierta de madera o metal. Después se dejaba arder el fuego durante un breve tiempo y se ponía la ropa sobre una rejilla y se cerraba la tapa. Aunque algunos experimentos demostraban que una temperatura de 55°C y quince minutos eran suficientes para destruir los adultos, las larvas y los huevos, si se tenía un termómetro a mano se prefería alcanzar la temperatura de 60°C y mantener la ropa durante el mismo tiempo.

En el caso de las desinfecciones de ropa a vapor, la temperatura debía ser muy alta: el doctor Jeanneret-Minkine comentaba que desinfectando durante una hora, a 80°C, “me di cuenta que los piojos adultos habían muerto todos, pero en cambio los más pequeños revivían una hora después si los envolvía en un pedazo de ropa cubierta por esparadrapo y los ponía sobre la piel de un tífico. En el caso de algunos huevos, los movimientos de las burbujas del aire en su interior demostraban que el embrión permanecía vivo, de manera que fue necesario cocer los uniformes a 100°C durante al menos media hora”.

Otro tipo de desinfectante fue el que introdujeron en Serbia el Coronel Hunter y el Coronel Stammers, el cual fue empleado preferentemente en la Unidad donde trabajaban, en Kragujevac y Mladenovac. Era el llamado “barril serbio”, ya descrito en el capítulo dedicado al piojo: se trataba de un gran barril perforado en sus dos fondos, el cual era colocado sobre una caldera que descansaba sobre un trípode de hierro, los cuales estaban encerrados en una capa de ladrillo que formaba el horno.

Estos eran métodos moderadamente satisfactorios si se utilizaban a pequeña escala. Pero para las desinfecciones de un gran número de personas y de su ropa, en un corto espacio de tiempo, se pusieron en funcionamiento los llamados “trenes sanitarios”, considerados un método muy eficaz. El uso de los vagones del ferrocarril para desinfecciones masivas de ropa y mantas por el vapor ya fue usado en Manchuria durante la epidemia de peste de 1910, y más tarde en Alemania. Escuchar

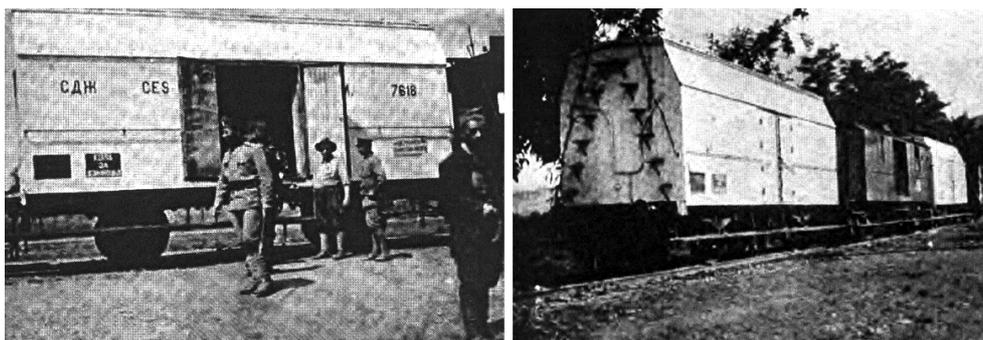


Imagen nº 3. Vagones sanitarios para tomar baños a vapor.
Unidad de desinfección al mando del Dr. F. Gruver (izquierda).
Unidad de desinfección al mando del Dr. T.W. Jackson (derecha).

Sin embargo, a pesar que en estas unidades podía bañarse y desinfectarse un gran número de personas en un corto espacio de tiempo, hay que tener en cuenta, según puede observarse en el mapa de Serbia, que había muchos pueblos y aldeas que estaban alejados de las estaciones ferroviarias, por lo que tuvieron que ingeniarse otros sistemas de desinfección masivos. Así, fueron construidos centros permanentes para el baño,

disponiéndose distintos horarios para acoger a hombres, mujeres o niños. Se adecuaron edificios como fábricas, almacenes o cervecerías para obtener vapor y proceder a las desinfecciones, y para este fin se adaptaron todos los baños turcos.

Todos los hospitales estaban infectados y por tanto era necesario proceder a desinfecciones sistemáticas. Los pacientes eran trasladados a salas especiales donde eran lavados con agua y jabón y luego se les aplicaba ácido fénico (también llamado fenol o ácido carbólico), o lisol al 2,5%, pues mataba a los adultos y las liendres en 10 minutos. A continuación, se les entregaba ropa limpia y eran devueltos al lugar original, que también había sido limpiado y desinfectado mediante fumigaciones de azufre¹⁴. Las camas eran lavadas con agua y jabón y tratadas con ácido fénico. Los colchones y las almohadas eran vaporizadas y hervidas las sábanas y la ropa de cama. Los pisos, pasillos y paredes eran rociados con ácido fénico o con una solución de bicloruro de mercurio. Fueron usadas un buen número de sustancias químicas para destruir los piojos y las liendres. En particular el petróleo, empleado generalmente después del baño y que fue importado sobre todo de Estados Unidos; el llamado por los ingleses phinotas oil, una preparación de lisol, o cresol mezclado con jabón; y con menos asiduidad fueron utilizados el azufre, la naftalina¹⁵ y el benceno.

Tifus en Rusia (1918-1922)

Rusia, un régimen zarista, autocrático y represivo, conoció un crecimiento industrial y urbano espectacular a principios del siglo XX. Las industrias florecieron y la clase obrera¹⁶ quedó concentrada en las grandes ciudades. Sin embargo, la economía era arcaica en su conjunto y los capitales extranjeros poseían la mitad de las acciones rusas. En 1913, el valor de la producción industrial era dos veces y media inferior a la de Francia, seis veces menor que la de Alemania y catorce veces menor que la de Estados Unidos. Además, la industrialización del país fue un proceso violento y mal aceptado por los trabajadores proletarizados, lo cual facilitó el sentimiento revolucionario.

Hasta el momento, Rusia era un país esencialmente rural, el 85% de la población, pero el rendimiento agrícola era mediocre y la penuria del transporte paralizaba toda tentativa de modernización agrícola. La burguesía rural que sostenía al régimen se había enriquecido, pero el número de campesinos sin tierra había aumentado, creando un verdadero proletariado rural que también era receptivo a las ideas revolucionarias.

El 1 de agosto de 1914, el Imperio Austro-Húngaro declaró la guerra a Rusia y poco después, estos invadieron la Prusia Oriental y la provincia de Galizia (nororiente de Austria-Hungría). En aquel momento, el ejército ruso era enorme, formado por unos 8 millones de soldados, pero en su mayoría campesinos sin formación militar, mal

¹⁴ En las desinfecciones generales con fumigación de sulfuro, se usaban entre 5-8 libras de azufre por cada 1.000 pies cúbicos, y la habitación o sala debía permanecer sellada al menos entre 12-24 horas.

¹⁵ La naftalina cruda era empleada en forma de polvo fino para la profilaxis individual, llevándose en un sobre o una botellita, y a menudo se espolvoreaba sobre la ropa interior. Aunque era considerado de gran valor como agente contra los piojos, era sabido que su fiabilidad no era absoluta y “era peligroso depender demasiado de ella”.

¹⁶ En 1861, el zar Aleksandr II Nikolaevich abolió la servidumbre, lo cual provocó las primeras fisuras del viejo régimen feudal. Una vez liberados, estos siervos constituyeron la mano de obra de la revolución industrial.

dirigidos por sus oficiales, mal armados y mal equipados¹⁷, y con nulas opciones de vencer a los disciplinados alemanes. Así, a finales de agosto y principios de septiembre de 1914, fueron derrotados totalmente por las tropas germanas en la Prusia Oriental, en las batallas de Tannenberg y en los lagos de la región de Mazuria (Polonia)¹⁸ y sólo pudieron conservar, durante un tiempo, las posiciones en Galizia.

Posteriormente hubo algunas ofensivas rusas contra el ejército austrohúngaro, pero tras la derrota de Rumanía ya no emprendieron acciones a gran escala y los alemanes fueron conquistando diversas regiones del Imperio y tomando multitud de prisioneros.

La guerra significaba un absoluto desastre económico, de manera que el zar Nikolai Aleksandrovich Romanov, Nikolai II (1868-1918), decidió aumentar los impuestos, creando un profundo malestar entre la población y propiciando toda una serie de huelgas y manifestaciones que fueron reprimidas a base de fuerza y violencia. La Duma, la Cámara baja del Parlamento ruso, constituida por partidos liberales y progresistas, puso en aviso al zar contra estas amenazas y le aconsejaron formar un nuevo gobierno constitucional. Pero Nikolai II ignoró este aviso y la impopularidad de su esposa, de origen alemán, agravó el descrédito del régimen.

En el mes de febrero de 1917 se juntaron todas las características para una revuelta popular: invierno duro, penuria alimentaria y lasitud frente a la guerra. Se inició a principios de mes, de manera espontánea, cuando los obreros de las fábricas de Petrogrado (actual San Petersburgo) llevaron a cabo una serie de huelgas. Unos días más tarde, el 23 de febrero, día internacional de la mujer, las mujeres de Petrogrado se manifestaron reclamando pan, y la mano de obra industrial encontró una razón para prolongar la vaga, que se generalizó por toda la ciudad e hizo aumentar la tensión. Se sucedieron enfrentamientos con la policía y se produjeron víctimas en los dos bandos, hasta que el zar movilizó las tropas de la guarnición para frenar la rebelión y fueron muertos numerosos manifestantes. Sin embargo, durante la noche, una parte de la tropa se pasó al bando de los insurrectos, que se armaron convenientemente.

El zar, desamparado, disolvió la Duma y nombró un comité provisional. Todos los regimientos de la guarnición de Petrogrado se unieron a los revoltados, y bajo la presión del Estado Mayor, Nikolai II abdicó el 2 de marzo en su hermano, el gran duque Mikhail Alexandrovich Romanov, que rechazó de forma inmediata el derecho a la corona, lo que puso fin al zarismo. La Duma constituyó un gobierno provisional, encabezado desde el 15 de marzo por el príncipe Gueorgui Yevguenievich Lvov, un liberal progresista, aunque en realidad el hombre fuerte era Alexandr Fiodorovich Kerenski (1881-1970), del partido SR (Socialistas Revolucionarios), que asumió el Ministerio de la Guerra a mediados de mayo y sucedió a Lvov como primer ministro en el mes de julio. Así, aún habiendo salido la revolución de los obreros y los soldados, el poder estaba ahora en manos de políticos liberales pertenecientes a la burguesía.

Tras estos acontecimientos pareció reinar la calma, pues el gobierno moderado quería aplacar los vientos de subversión y otorgar algunas concesiones, a cambio de mantener

¹⁷ Las fábricas resultaron ser poco productivas, la red ferroviaria imperfecta, y la reposición de armamento y munición demasiado lenta. Incluso se dio el caso que los soldados entraban en combate con balas que no correspondía al calibre de su fusil.

¹⁸ Las bajas rusas fueron muy cuantiosas en estas dos batallas. En Tannenberg fueron muertos o heridos 78.000 soldados y capturados 92.000. En los lagos de Mazuria murieron o fueron heridos 125.000 rusos y hechos prisioneros alrededor de 45.000.

la guerra con los alemanes¹⁹. En las siguientes semanas, llenas de esperanza, no se produjeron actos violentos ni en ciudades ni en el campo, ni represalias oficiales o espontáneas contra los servidores del zar, a los que se dejó en libertad para retirarse o marchar al extranjero. Se abolió la pena de muerte, se concedió libertad a los presos políticos, se permitió el regreso de los exiliados de todas condiciones, como a Vladimir Ilich Ulianov, Lenin (había llegado a Petrogrado, procedente de Suiza), y se proclamaron las libertades fundamentales de prensa, reunión o conciencia. Desapareció el antisemitismo de Estado y la iglesia ortodoxa restauró el Patriarcado. En la Armada quedaban prohibidas las humillaciones de los oficiales sobre la tropa y se instauraba el derecho de reunión, de petición y de prensa para los soldados.

Los sóviets (asamblea, convocatoria o consejo obrero de trabajadores rusos) estaban dominados en aquel momento por los partidos socialistas, mencheviques y socialistas revolucionarios del partido SR. Los bolcheviques “miembros de la mayoría”, dirigidos por Lenin, a pesar de su número, eran aún minoritarios.

Kerenski tranquilizó a los estados aliados indicándoles que Rusia no abandonaría el conflicto, lo cual provocó la cólera de los soldados y obreros. A partir de este momento volvieron a producirse las manifestaciones, ahora a favor y en contra del gobierno, las cuales provocaron los primeros enfrentamientos armados de la revolución. El ministro de Asuntos Exteriores dimitió y los socialistas moderados, apoyados por los obreros, entraron en el gobierno, con la intención de presionar y conseguir el cese de la guerra.

Entre el 3 y el 4 de julio, los soldados estacionados en Petrogrado se negaron a marchar al frente, y apoyados por los obreros, exigieron a los sóviet de la ciudad que tomaran el poder. Pero desbordados por la base, los bolcheviques se opusieron a una insurrección prematura, estimando que el partido socialista moderado, excepto en Petrogrado y Moscú, aún conservaba una influencia importante en el resto del país

Sin embargo, la represión no se hizo esperar: Lev Davídovich Bronstein, Trotsky, otro de los líderes bolcheviques, fue encarcelado; Lenin tuvo que huir a Finlandia y fue prohibido el periódico bolchevique *Rabotchi I Soldat* (Obrero y Soldado). Los regimientos que apoyaron la revolución fueron disueltos y enviados al frente en pequeños destacamentos. Los obreros fueron desarmados, los agitadores detenidos y 90.000 hombres fueron obligados a salir de Petrogrado. La pena de muerte fue restablecida y los progrom contra los judíos, a los que se consideraba bolcheviques, volvieron a producirse con regularidad en las zonas agrarias. En el frente, el general Lavr Kornilov ordenó que se disparara a todos los soldados que huyeran del combate. Una nueva ofensiva del ejército ruso, realizada el 18 de junio y el 6 de julio no obtuvo ningún éxito y provocó la muerte a 58.000 soldados.

En agosto de 1917, Kornilov realizó un llamamiento a todos los rusos para “salvar su tierra”, y ordenó a sus tropas, tres regimientos de caballería, dirigirse a Petrogrado con la intención de liquidar la sublevación de los sóviet y acabar con las organizaciones obreras. Al desconocer el número de tropas que mandaba Kornilov, el gobierno provisional pidió a los bolcheviques que organizaran la defensa de la capital y armó a las masas. Finalmente, las tropas insurrectas fueron vencidas y terminaron por disolverse, pero los bolcheviques consiguieron, desde este momento, salir de la semiclandestinidad y que fueran liberados sus políticos encarcelados. En las elecciones municipales de Moscú se produjo un gran avance de los bolcheviques: el SR pasó de

¹⁹ Los gobiernos de los países aliados, que representaban el capital extranjero invertido en Rusia, no permitían que se firmara un tratado de paz con Alemania.

375.000 votos a 54.000; los mencheviques, de 76.000 a 16.000; los demócratas constitucionales, el KD, de 109.000 a 101.000, y los bolcheviques pasaron de 75.000 votos a 198.000.

La revolución continuaba y se aceleraba, sobre todo en el campo, y durante el verano de 1917 los agricultores pasaron a la acción y tomaron las tierras de los señores sin esperar la reforma agraria prometida y retardada constantemente por el gobierno. Pero la insurrección general se produjo en la noche del 6 al 7 de noviembre de 1917 (24 al 25 de octubre en el calendario juliano), casi sin derramamiento de sangre, cuando la guardia roja, dirigida por los bolcheviques, tomó sin resistencia el control de los puentes, estaciones, banco central, centrales de correos y telefónicas, y finalmente fue asaltado el Palacio de Invierno.

El 25 de octubre, Trotsky anunció oficialmente la disolución del gobierno provisional y la apertura del Congreso de los sóviet obreros y agricultores. En realidad, esta Revolución de Octubre fue un simple golpe de estado llevado a cabo por una minoría resuelta y organizada. En cambio, en Moscú no fue tan sencillo y se produjeron graves enfrentamientos entre las autoridades del SR y los bolcheviques, hasta que finalmente, el 2 de noviembre, fue tomado el Kremlin. Pocos días más tarde, el nuevo poder hizo frente a una tentativa de reconquista de Petrogrado por parte de Kerensky y una tropa de cosacos al mando del general Piotr Krasnov; pero finalmente, el 18 de noviembre, abandonados por sus tropas, los jefes militares del Estado Mayor tuvieron que huir.

El 15 de diciembre de 1917 fue firmado el ansiado armisticio con Alemania previo al tratado de paz, aunque las exigencias germanas fueron enormes: Polonia, Lituania y la Rusia Blanca. Los bolcheviques quedaron divididos sobre las opciones a tomar, y ganó la postura de Trotsky: se rechazaba una paz con estas concesiones pero se declaraba el fin de la guerra. Sin embargo, una ofensiva de los alemanes el 17 de enero les permitió avanzar rápidamente hacia Ucrania y Lenin se vio obligado a firmar una paz inmediata, aunque las condiciones exigidas ahora por los alemanes fueron aún mayores. El 3 de marzo de 1918 fue firmado el Tratado de Brest-Litovsk, por el que Rusia perdía Polonia, Ucrania, Finlandia, los Países Bálticos y Bielorrusia: el 26% de su población, el 27% de su superficie cultivable y el 75% de su producción de acero y hierro.

Este Tratado, sumado a la expropiación de grandes territorios de los terratenientes y al control sobre las industrias y la Banca, provocó el miedo en los países europeos, de manera que inmediatamente los aliados embargaron Rusia y desembarcaron tropas para luchar contra los bolcheviques. Los japoneses y después los americanos intervinieron en Vladivostok (extremo oriente de Rusia) a principios de abril de 1918, los británicos en Mourmansk (golfo de Kola, en el mar de Barents) y Arkhangelsk (junto al mar Blanco), y los turcos en el Cáucaso, amenazando Bakú. Durante las primeras semanas de 1918, miles de soldados y oficiales evadidos, como Kornilov, llegaron a la región cosaca del río Don, y junto a la llamada "Armada de los voluntarios" dirigida por el general zarista Mikhail Alexeiev e integrada dentro del "Movimiento Blanco"²⁰, reprimieron brutalmente los levantamientos obreros de las ciudades de Rostov y Taganrog. Posteriormente fueron desmantelados por la Guardia Roja venida de la capital y Lenin declaró precipitadamente, el 1 de abril de 1918, que "la guerra civil ha terminado".

20 Las fuerzas contrarrevolucionarias, los "blancos", fueron dirigidos por mandos del antiguo ejército ruso y en ellas se aglutinaron toda una serie de idealistas, desde monárquicos zaristas a reaccionarios, conservadores, liberales, capitalistas, socialistas moderados o reformistas y mencheviques, que simplemente se oponían a la revolución bolchevique. Recibieron ayuda de potencias extranjeras como Reino Unido, Estados Unidos, Canadá, Francia, Japón, Polonia o Turquía, que mandaron material, recursos, aparato logístico e incluso numerosos contingentes de tropas.

El 14 junio de 1918, los mencheviques²¹ y los izquierdistas del partido SR fueron expulsados del comité ejecutivo de los sóviets, quedando únicamente los bolcheviques. La situación alimentaria se volvió explosiva y únicamente en el mes de julio fueron reprimidas 150 revueltas de agricultores. Las raciones eran insuficientes y en decenas de poblaciones se boicotearon las manifestaciones populares y se fusilaron a los huelguistas. Los judíos habían sido asimilados como bolcheviques y las armadas blancas protagonizaron muy diversos y sistemáticos pogrom contra ellos, de una violencia sin precedentes, matando a cerca de 150.000.

En la noche del 17 al 18 de julio, pretextando una aproximación de los blancos, los bolcheviques ejecutaron de manera sumaria al zar y a toda la familia imperial en Ekaterinburg, a pesar que Trotski hubiera deseado un proceso público. Este asesinato dio paso a una guerra civil generalizada, pues todos los grupos antibolcheviques se organizaron para eliminar al nuevo régimen comunista. La guerra civil se extendió por todo el inmenso país, y aparte del “ejército rojo” y del “ejército blanco”, también participaron los llamados “ejército negro” y “ejército verde”²².

Los blancos rechazaban cualquier tipo de concesión a las minorías y combatían a estas armadas igual que a las tropas bolcheviques. Finalmente, a finales de 1920, fueron derrotados por el ejército rojo, pero la paz no llegó a Rusia hasta 1921-1922, después de sofocar las grandes revueltas de los campesinos y destruir a la Armada verde, que dominaba inmensos territorios en Siberia. Entre 1920-1922, la Armada roja invadió Asia Central, Armenia, Georgia y aún Mongolia, proclamada como República en 1924, pero siendo en realidad un satélite bolchevique. Los Cosacos, que habían luchado contra ellos, fueron deportados en bloque y sus privilegios suprimidos.

Habría que añadir que aún se sumó otro conflicto de importancia, pues entre febrero de 1919 y marzo de 1921 tuvo lugar una guerra entre rusos y polacos, el resultado de las tentativas expansionistas de ambos bandos: la pretensión polaca de recuperar los territorios perdidos a finales del siglo XVIII y la voluntad rusa de conseguir aquellos que habían pertenecido al Impero ruso antes de la Primera Guerra Mundial. Al principio, las fuerzas polacas controlaron la mayor parte de Ucrania occidental; pero cuando los bolcheviques empezaron a ganar la guerra contra los blancos, avanzaron hacia el oeste y empujaron a los polacos hacia su capital, Varsovia, que pareció perdida, hasta que los polacos ganaron inesperadamente la batalla y ante el temor de un avance hacia el este, los soviéticos pidieron la paz. La guerra terminó con un alto el fuego en octubre de 1920 y posteriormente fue firmado el Tratado de Riga (18 de marzo de 1921), repartiéndose los territorios en discordia.

En total, se calcula que entre 1914-1921 fallecieron alrededor de 13 millones de rusos de muerte violenta: 2,5 millones en la Gran Guerra; 2,5 millones en la guerra civil y las masacres del terror blanco, rojo, negro o verde; 5 millones por hambre y alrededor de 3 millones por la epidemia de tifus, la más grande de la historia.

²¹ Los mencheviques eran la facción moderada del movimiento revolucionario ruso que emergió en 1903 tras una disputa entre Lenin y Julius Martov. Formaron parte del gobierno ruso tras la revolución de febrero, en alianza con los socialrevolucionarios y los liberales, pero perdieron la simpatía de las masas obreras al apoyar el mantenimiento de la guerra y aplazar la reforma agraria.

²² El ejército negro, llamado también Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania, fue un grupo armado de anarquistas que actuó mayoritariamente en esta provincia. El Ejército Verde, formado en su mayoría por desertores de la armada roja y de la armada blanca, tuvo sus orígenes en movimientos nacionalistas que actuaron en el Sur de Rusia, Siberia y también en el oeste de Ucrania

Como se ha visto en el capítulo dedicado a la cronología del tifus, este era endémico en Rusia, tanto en áreas urbanas como agrícolas, aunque los inicios de la misma están pobremente documentados. Los brotes, algunos de gran importancia, se reprodujeron de manera periódica, la mayoría de ellos durante el invierno y la primavera siguiente.

Las descripciones de enfermedades denominadas “fiebre manchada” o “fiebre pútrida”, que parecen referirse al tifus, se remontan a los siglos XVI-XVII, y probablemente tengan su origen en las epidemias ocurridas en Hungría a partir de mediados del siglo XVI. Probablemente, durante el llamado “Periodo Tumultuoso”²³, a principios del siglo XVII, ya se produjeron diversas epidemias; y en XVIII se tiene constancia de diversos brotes ocurridos en la Armada y la enfermedad resultaba familiar a los médicos moscovitas cuando tuvo lugar la epidemia de peste de 1771.

Sin embargo, fue durante el siglo XIX cuando el tifus atacó Rusia con mayor intensidad. Primero, durante la Campaña de Napoleón, entre 1812-1814, como se ha visto en un capítulo anterior; más tarde, a finales de la década de 1830 tuvo lugar un brote que afectó a todas las provincias, igual que durante 1845-1846, que tuvo su origen en una pobre cosecha agrícola. Durante la guerra de Crimea el tifus se extendió por toda Rusia con gran intensidad, y entre 1864-1865, San Petersburgo sufrió al mismo tiempo epidemias de tifus, fiebre tifoidea y fiebre recurrente, siendo reportados en sus hospitales, como mínimo, 1.198 muertes debidas al tifus (sobre 7.500 casos), aunque en realidad pudieron haber ocurrido muchos más. Y en la guerra turco-rusa de 1877-1878 el contagio también se extendió por todo el país, y únicamente en San Petersburgo se reportaron un total de 9.000 casos y 1.719 muertes.

Entre 1864-1894 siempre se contabilizaron casos de tifus en la capital rusa, un total aproximado de 77.500 (una media de 2.500 anuales). Los máximos se produjeron en 1864 (7.500), 1878 (9.000), 1880 (8.500) y 1881 (9.000). A partir de esta fecha fueron reduciéndose los contagios; en 1894 sólo se produjeron 250 y 300 en 1895. La tasa de mortalidad media se situaba generalmente entre el 10-15%, y se sabe que en San Petersburgo, entre 1870-1887 fallecieron 6.980 personas por causa de esta enfermedad, pero solamente 264 entre 1888-1896.

Los investigadores de la época vincularon tifus epidémico con pobreza y hacinamiento. Cada año, los campesinos que tras la cosecha emigraban a San Petersburgo para trabajar durante el invierno y la primavera, eran los más vulnerables. Los trabajadores, en su mayoría varones de entre 20-40 años, vivían hacinados en barracas, pensiones de baja categoría o alquilaban las esquinas de cualquier habitación, viviendo en condiciones miserables. La situación en esta ciudad era sólo un reflejo de lo que ocurría en el país, donde los brotes típicos eran muy frecuentes y repetitivos. La información sobre los casos de tifus en la Rusia europea sólo estuvieron disponibles a partir de 1877, y aunque los datos eran muy incompletos, ya indican claramente que esta enfermedad era una afectación muy frecuente en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial.

23 El “Periodo Tumultuoso” fue una época en la historia rusa que comprende el interregno entre la muerte en 1598 del zar Fyodor I Ivanovich, hijo de Iván “el terrible”, último de la dinastía ruríkida, y el establecimiento en 1613 de la dinastía Romanov con el zar Mikhail I Fiodorovich Romanov. Durante este tiempo las cosechas fueron extremadamente pobres debido a un clima muy frío, grandes hambrunas, refugiados concentrados en áreas pequeñas, guerra civil generalizada e invasiones de polacos y lituanos.

24 La tasa de mortalidad alcanzó los 190 por 100.000 habitantes y supuso el 5,3% de todos los muertos de la ciudad.

Según reportaba la Sociedad de Naciones, entre 1877-1917 se produjeron alrededor de 3.100.000 casos, con unos máximos en el periodo 1892-1894 (190.000, 185.000 y 100.000, respectivamente), y entre 1908-1917, con una media de 124.000 anuales. Si contabilizamos todos los años entre 1877-1917 y descontamos estos años de incremento epidemial, la media anual se situaría aproximadamente en los 49.000 casos. No existen datos detallados sobre la incidencia del tifus a nivel ciudad o provincia, pero es seguro que las poblaciones más grandes sufrieron brotes anuales desde finales del siglo XIX. Se tiene constancia que la enfermedad fue regular en las regiones bálticas y especialmente común en Rusia Central, las provincias del río Volga y partes de Ucrania. A partir de 1908 se produjo una grave epidemia en el norte del Cáucaso y sur de Rusia, que se extendió durante 1909-1910 por las provincias centrales y noroccidentales. En total, desde 1908 hasta 1913 se reportaron alrededor de 830.000 casos.

Durante la Primera Guerra Mundial, las tropas rusas que lucharon contra los turcos en el Cáucaso ya fueron contagiados por tifus, siendo muy significativa la diferencia entre la tasa de mortalidad comparada entre tiempos de paz y de guerra: 0,13 por 1.000 habitantes en 1913 y 2,33 por 1.000 en 1915. Soldados, refugiados y prisioneros infectaron todo el país hasta la lejana Siberia, sobre todo tras la derrota de finales de 1915 en Polonia. Sin embargo, los casos de tifus entre civiles fue sorprendentemente bajo hasta 1918, cuando se produjo un brote menor en el que fueron contagiadas 1.129 personas y murieron 115. En Moscú también se incrementó el número de casos, y de los 245 y 251 ocurridos en 1914 y 1915, se pasó a los 916 en 1916, 1.095 en 1917 y 6.988 en 1918. En Petrogrado sucedió lo mismo: 517 casos en 1917 y 10.976 en 1918.

El tifus apareció durante el otoño de 1918 en el sur de Rusia, entre la Onceava Armada Roja que operaba al norte del Cáucaso, y rápidamente se extendió a sus adversarios Blancos, que sufrieron igual número de muertos por tifus que por enfrentamientos militares en los meses siguientes. A pesar de todo, los Blancos no padecieron tanto como los Rojos²⁶, pues recibieron suministros médicos y ayuda sanitaria de los aliados. Durante los combates de 1919 y principios de 1920, la epidemia afectó con gran intensidad Ucrania y el sur de Rusia, avanzando y retrocediendo junto a las tropas Rojas y Blancas.

Como se ha comentado anteriormente, los soldados desmovilizados, los desertores o la masa de civiles refugiados, se encontraban repartidos por todo el país, en los ferrocarriles, en las carreteras o en los ríos, huyendo del conflicto o buscando las armadas “amigas” rojas o blancas, ucranianas o de otras formaciones nacionalistas. La policía comunista requisó alimentos y combustibles y provocó su dramática escasez. El colapso económico general desalentó la producción agrícola y millones de rusos abandonaron las ciudades que no podían alimentarlos. Esta gran miseria colectiva era la idónea para la proliferación de los piojos, *platyanaya vosh'* en ruso (piojo de la ropa), y propició el incremento exponencial de los casos de tifus.

En el noroeste, el tifus permaneció entre las tropas de los Blancos al mando del general Yudenich que fueron derrotadas en Estonia en noviembre de 1919. Miles de soldados enfermos fueron confinados en hospitales rudimentarios, atendidos por unidades de la

25 Esta epidemia de tifus está relacionada con una gran hambruna que tuvo lugar en las regiones meridionales y orientales del Imperio Ruso.

26 En el ejército Rojo se contabilizaron alrededor de 50.000 casos de tifus, que provocó la pérdida del control de la estratégica región que baña el río Terek. Más de 29.000 soldados enfermos de la Onceava Armada Roja fueron evacuados a Astracán, y a pesar de ponerse un gran empeño en aislar a los enfermos, el contagio se extendió por todas las poblaciones vecinas.

Cruz Roja dirigidas por oficiales norteamericanos, que se dedicaron a limpiar estos edificios y a los presos, cuya ropa y mantas “parecían vivas con la grandísima cantidad de piojos que albergaban”.

A mediados de diciembre de 1919, alrededor de un millón y medio de refugiados huyeron del avance de los Rojos y se dirigieron a Rostov, donde murieron a miles por causa de esta enfermedad. En los cuarteles de invierno del ejército Blanco, a finales de 1919 y principios de 1920, se produjeron decenas de miles de víctimas en los hospitales improvisados para atender a estos pacientes. Y al mismo tiempo, un importante brote tífico afectó a la Armada Roja y frenó sus operaciones militares. Los Blancos siguieron padeciendo la enfermedad duramente, igual que las tropas de refresco de los Rojos, que se contagiaron gravemente cuando se produjo la retirada de los Blancos. El tifus se extendió por los Urales y siguió junto a las Armadas hacia el oeste de Siberia.

El tifus acompañó a los Blancos durante su retirada desesperada de principios de 1920, y los soldados desmoralizados, y las masas de refugiados, infectaron Omsk y otras ciudades siberianas, extendiendo el contagio a lo largo de la vía férrea hasta Irkutsk y más allá del lago Baikal, hacia el océano Pacífico. Fue estimado que en este momento murieron de tifus unos 50.000 soldados al mando de Alexandr Kolchak, militar, explorador y líder Blanco. El tifus fue también un factor importante en los frentes menores del mar Báltico y mar Ártico. Se dijo que las tropas Blancas y los civiles de Arkhangeleskvic fueron contagiados por los prisioneros Rojos, que permanecían hacinados en prisiones inmundas.

El tifus no fue la causa que venciera uno u otro bando, pues afectó a todos de forma similar. No hay cifras exactas sobre la morbilidad y mortalidad que se produjeron en los ejércitos, pero algunos demógrafos soviéticos estimaron que entre 1918-1920 se produjeron al menos 573.000 casos y en la Armada Roja murieron alrededor de 100.000 soldados. Las fuentes oficiales aseguraban que la morbilidad fue de 204-315 por 1.000 personas en 1920. En el bando de los Blancos no se puede estimar ninguna cifra, pero tendría igualmente unos valores descomunales. Entre 1919-1920 contrajeron la enfermedad unos 4.000 médicos y murieron unos 800, el 20%; entre 1918-1920, de los 3.500 médicos de la Armada Roja, 1.183 contrajeron el tifus y murieron 235, el 19,19%.

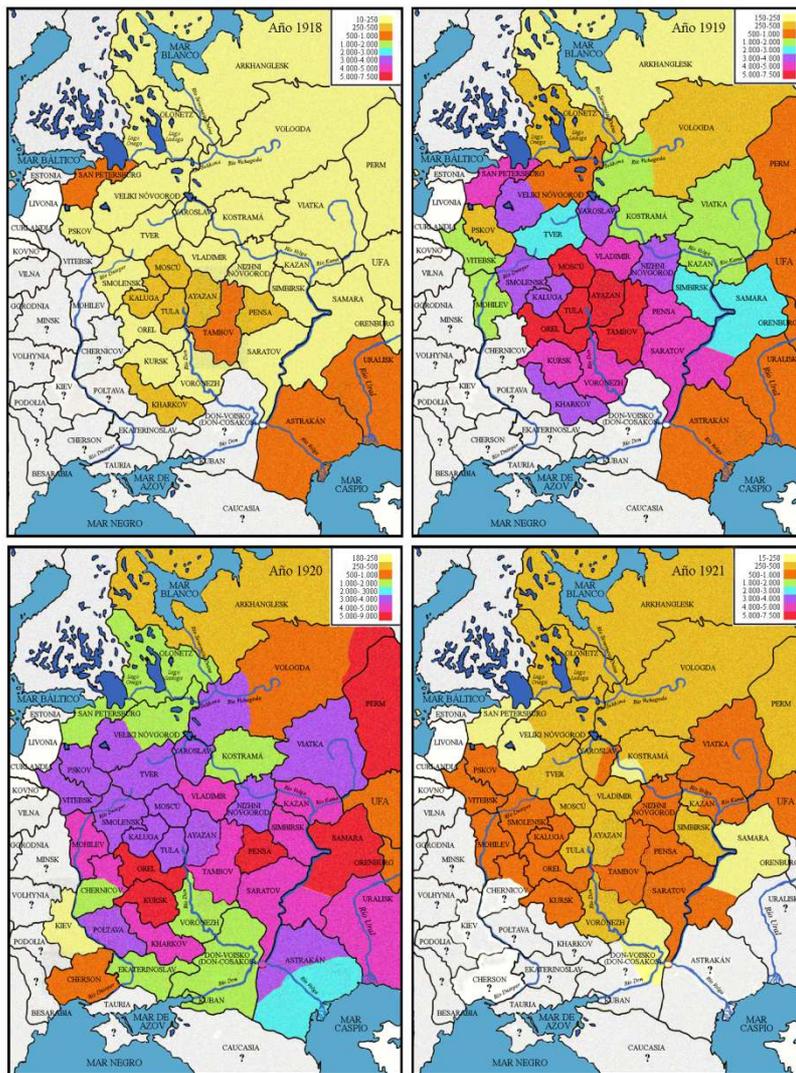


Imagen nº 4. Tifus epidémico en Rusia de 1918-1921.

Número de casos declarados por cada 100.000 habitantes.

En total, entre 1918-1921 fueron reportados alrededor de 6.000.000 de casos a la Sección de Higiene de la Sociedad de las Naciones, aunque estas cifras subestimaban sin duda el alcance real de la epidemia. Y habría que añadir 1.180.000 casos que fueron contabilizados en Rusia en el año 1922 como consecuencia de las hambrunas que provocó el conflicto.

En los datos recogidos de manera individual, por provincias, entre 1918-1921, se podía observar que las informaciones más fiables provenían de la Rusia central, del norte de los Urales y de las provincias del norte del río Volga. En cambio, no había informes sobre las graves epidemias que sucedieron en Ucrania entre 1918-1919, y los datos para los años posteriores fueron muy incompletos.

En el caso de grandes zonas de Ucrania, Bielorrusia y oeste de Rusia, que fueron ocupadas por Alemania en 1918, los soviéticos no tuvieron ningún tipo de información, y lo mismo sucedió desde 1918 hasta 1922 en extensos territorios controlados por los polacos. Lo que está claro es que el tifus afectó por completo todo el país, tanto las zonas rurales como las urbanas, desde el Cáucaso al Ártico y desde el Báltico al Pacífico.

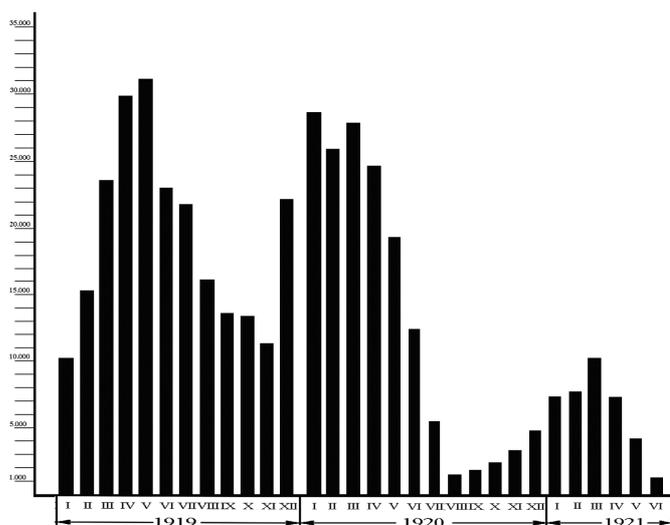


Imagen nº 7. Repartición mensual de los casos de tifus epidémico en Polonia de 1919-1921.

Entre estos tres años fueron reportados a la Sociedad de las Naciones alrededor de 433.00 casos.

En 1922, el eminente médico y epidemiólogo L.A. Tarashevich presentó a la Sociedad de las Naciones un informe sobre la epidemia desde 1918 a 1922. Tarashevich realizó tres enfoques distintos para conseguir estimaciones más precisas que las oficiales, cuyos resultados daban un total de 7.096.000 afectados: en primer lugar, envió cuestionarios a médicos de todo el país en busca de sus datos sobre las muertes ocurridas en la zona, y las comparó con las cifras oficiales. En segundo lugar, trató de evaluar los resultados oficiales con las cifras disponibles en los Centros de Salud, con las correcciones oportunas para aquellas áreas que quedaron fuera del control gubernamental. Y en tercer lugar, extrapola las cifras de las ciudades y provincias que parecían tener los mejores datos, con las de otras regiones, teniendo en cuenta las circunstancias locales.

Los tres métodos ofrecieron unos resultados similares: en total se habían producido entre 25-30 millones de casos; es decir, que el tifus contagió al 20-25% de la población total. Por tanto, y aplicando una moderada tasa de mortalidad del 10%, podía estimarse que en total murieron de tifus entre 2,5-3 millones de personas entre 1918-1922.

Otro observador de la Cruz Roja, el doctor Ferrière, creía también que entre el 20-25% de la población total fue infectada de tifus, y suponiendo que la tasa de mortalidad se hubiera situado entre el 10-12%, podía estimarse que los muertos se elevaban a 2,5 millones. Si además se incluían los casos de tifus ocurridos en 1922 en Ucrania, la cifra total podía ascender a más de 3.000.000 de muertos.

Fueron realizados controles oficiales en los trenes de pasajeros, y el 6 de diciembre de 1919 fue proclamada la "semana de limpieza de las estaciones ferroviarias". La especial atención al cuidado de los trenes fue una tarea esencial durante la campaña antitífica. En noviembre de 1919, por ejemplo, los equipos de desinfección desparasitaban diariamente a 40.000-50.000 pasajeros en las estaciones de tren de Moscú. En aquel momento, el gobierno soviético proporcionó alrededor de 250.000 camas para los pacientes tíficos y construyó más de 300 estaciones de aislamiento y desinfección a lo largo de las rutas ferroviarias y las vías fluviales.

Además, se crearon centenares de destacamentos para proceder al baño y desparasitación en los campamentos militares para eliminar masivamente los piojos que vivían entre los soldados. Para dar idea de la cantidad ingente de estos parásitos que permanecían escondidos entre las ropas y el cuerpo de sus víctimas, fue reportado que

en una sala de desinfección de la Armada Roja llegó a acumularse en el suelo una capa de dos pulgadas (5 cm.) de piojos muertos.

Las desinfecciones integrales, los aislamientos de los pacientes infectados y la educación a la población contribuyeron sin duda a la reducción y final de la epidemia, igual que el número de sobrevivientes que adquirieron inmunidad. Pero sin duda la razón principal fue el cese de la guerra y de las miserias que comportó. A pesar que Ucrania había sufrido una gran hambruna y las condiciones no mejoraron hasta finales de 1922, los brotes tíficos disminuyeron notablemente y de manera constante hasta el año 1931, cuando únicamente se tuvo constancia de 17.288 contagios²⁷.

Pero fue sólo un paréntesis, pues a partir de 1932 volvieron a incrementarse las afectaciones por tifus en Rusia. En aquel año se reportaron alrededor de 80.000 casos; 39.000 en 1933; 60.00 en 1934; 70.00 en 1935 y 60.000 en 1936. A partir de esta fecha, el gobierno soviético decidió no comunicar a la Sociedad de Naciones los casos de morbilidad o mortalidad.

Este aumento de los contagios fue debido a las deportaciones en masa ordenadas por Iósif Stalin, en la cual se ingresaron millones de prisioneros políticos en campos de trabajo, los tristemente conocidos “gulag”, donde no se tomó ningún tipo de anotación sobre los casos de tifus ni de las muertes que produjo. El profesor O.V. Baroyan, director del Instituto Gamaleja de Epidemiología y Microbiología de Moscú estaba convencido que las cifras eran mucho mayores que las reportadas oficialmente, y según sus informaciones, en 1932 se habrían producido 200.000 casos de tifus, 875.000 en 1933; 400.000 en 1934; 150.000 en 1935 y 100.000 en 1936. Habría que añadir, además, las decenas de miles de presos que murieron a partir de 1932, sobre todo entre 1937-1938, durante la “gran purga”, en la construcción de la autopista de Kolyma²⁸, conocida como “Ruta de los Huesos”, ya que los restos óseos de miles de obreros muertos, prisioneros condenados a trabajos forzados, fueron utilizados como material poroso en la mezcla de construcción.

A partir de la década de 1940 el tifus dejó de ser una causa significativa de muerte, y en 1973, los médicos de San Petersburgo (Leningrado en aquel momento) detectaron centenares de casos de la enfermedad de Brill-Zinsser, sin duda testimonio de las personas mayores que habían sobrevivido a la guerra civil. Pero los casos de tifus fueron reduciéndose paulatinamente, y así, en 1980 sólo se reportaron 1.100 casos en toda la Unión Soviética, 500 en 1985 y 300 en 1989.

27 En el año 1923 aún se reportaron 275.000 casos, y 130.000 en 1924. Pero a partir de 1925 y hasta 1931, la media anual fue de unos 37.000 afectados.

28 En 1932 se planeó la construcción de una autopista que debía conectar las regiones orientales, en Siberia, de Yakutsk y Magadan, con el río Lena, con el fin de mejorar el transporte de suministros y el movimiento de tropas en esta región de difícil acceso. La obra, faraónica, fue llevada a cabo por los innumerables prisioneros de los campos de concentración de Sevvostlag (Campos de trabajo correctivo del Nordeste), que realizaron la tarea, incluso en invierno, a unas temperaturas inclementes de entre -70°C y -60°C.